

Pues tan inestimable dicha, que hartas veces hemos disfrutado, la debemos á las industrias de nuestro ferviente escolar, quien si tiene singular derecho á nuestra admiración por haberla discutido, no le tiene menor á nuestra gratitud por habernos hecho de ella participantes.



CAPITULO IX.

EL BENJAMÍN DE MARÍA INMACULADA.

- I. Juicio del P. Cepari.—Sentencias.—Favores de la Virgen.—Correspondencia de Juan.—La Coronita de las doce estrellas.
- II. Visitas á los Santuarios de María.—Conversaciones y desafíos.—Su afición al misterio de la Concepción Inmaculada.—Voto de escribir sobre este misterio.—Voto de defenderle.—Juicio del Card. Belarmino.
- III. Dictámen del P. Lugo sobre el poder de su valimiento en esta parte.—De dónde le pudo nacer esta devoción.
- IV. Devoción á San José.—A otros Santos.—Carta interesante.

I

SOLÍA decir S. Francisco de Borja que poco esperaba él de un hijo de la Compañía que no dedicara todas sus fuerzas á honrar á la Madre de su divino Capitán. ¡Qué dijera el santo General de este fervorosísimo devoto de María, cuando de los muchos que testificaron acerca de sus virtudes ni uno apenas hay que no cuente con admiración el grande amor que tuvo á la Madre de Dios! Largo fuera poner sus nombres¹. Basten las palabras grandiosas con que el P. Cepari significa su asombro, imitando si no copiando el sentimiento de su maestro de novicios, que es como

¹ Proc. rom., páginas 469-504.457 470-533.

la suma de lo que todos depusieron: en esta parte los romanos compitieron con los belgas. Dice, pues, el P. Cepari: *Lo que podemos de positivo afirmar respecto de su devoción á María es que parece haber venido al mundo para amplificar las glorias y devoción de nuestra Señora* ¹.

La devoción de la Virgen ha sido el principio de mi vida espiritual: esto es lo que afirmé á Guillermo Van Aelst el día antes de morir ². En otra ocasión puso por escrito este agradecido loor: *Medianera de la salud, maestra de mis estudios, protectora de la santidad eres tú, ¡oh Virgen Madre de Dios y Madre mía!* En otra parte dice: *Si logro amar á María, tengo por segura mi salvación; perseveraré en la vida religiosa, alcanzaré cuanto quisiere, en una palabra, seré todopoderoso.*

Galanamente nos retratan estas voces al benjamín de María, criado á sus pechos con la leche de su devoción. Porque ella fué la que le acogió al nacer á estos aires de vida, pues consta que nació en sábado; ella, la que le reengendró para la religión, pues fuera de allanarle las dificultades de su entrada, para mostrar que su vocación era gracia de su maternal afecto, como había sido la de San Luis y de San Estanislao, dispuso entrarse el día de las Mercedes, que fué sábado también; ella, en fin, la que para coronar los principales acontecimientos de su vida, quiso que en sábado fuese enterrado y el día de la Asunción; como si desde la cuna hasta el sepulcro hubiera sido este mancebo propiedad de la Reina del cielo y blanco de sus amores.

¹ *Vita*, par. II, § XX.

² Proc. rom., pág. 531.

Con singular fidelidad correspondió este hijo de la Virgen á tan tierna solicitud. Bien le hemos visto en el siglo y en el noviciado desvelarse por servirla y por dar á conocer sus grandezas. No había para él más seguro asilo, después de las llagas de Cristo, que el regazo y manto real de María, y con esto satisfacía á los que buscaban remedios contra las sequedades y tribulaciones ¹. Emuló con sus extremos los prodigios de amor ejecutados por los santos más amantes de María. A esta estrella tenía siempre fijos los ojos, en los contratiempos y trabajos llevaba su nombre en los labios, enterneciase con su memoria, hacía gala de tenerla por Madre: el grito de su corazón era: *Quiero amar á María, quiero amar á María á todo trance; y no he de parar hasta lograrlo.* La fuerza de su confianza le dictaba nuevas industrias, que debían de ser muy del agrado de la soberana Princesa. Cuando quería alcanzar una gracia para sí ó para otros, extendía primero la petición en un papel por estas palabras: *Si la Virgen me alcanza esta merced, le rezaré tres coronas, ó haré tal y tal mortificación.* En seguida pegaba el billete al pie de una estampa ó de una estatua de la Virgen, esperando del patrocinio de la Señora el despacho de su pretensión.

Ni era su amor de puras palabras. Desvivíase por honrar á la Madre de Dios, y se regalaba tiernamente en ofrecerle devotas oraciones. La suya peculiar era el Santo Rosario. La Compañía dejó siempre á la voluntad de sus hijos el uso de este ejercicio; pero como nació, creció y se extendió bajo las alas de María, abrazaron todos con

¹ *Orare, occupare se, patientia, sinus et gremium beatæ Virginis.*

tanto afecto la piadosa institución, que la contaron entre sus más regaladas devociones. Pero lo que el amor hacía común á todos, hacía particular en Berchmans su ternura con la Santísima Virgen. Sea que rezase en pie ó sentado, paseando ó de rodillas, con ser cuidadoso en saludar siempre á los que encontraba, era sabido que cuando no lo hacía, era porque estaba diciendo el Rosario, y el profundo recogimiento no le dejaba atender á lo que ocurría cerca de sí. A fin de sazonar con la variedad el gusto de la devoción, usaba de muy piadosas consideraciones sobre el Ave María, y nos las dejó por escrito. A fuer de bravo soldado de la Reina Madre nunca se echaba á dormir sin enroscarse al brazo el Santo Rosario, abrazándole como escudo fortísimo: en los últimos meses hizo del escudo coraza, y se le colgaba al cuello.

Antes de meterse en cama, hincado rezaba tres Ave Marías: una, á Nuestra Señora de Loreto á honra de su maternidad, para verse libre de malos sueños; otra, á la Virgen de Monteagudo en obsequio de su Concepción sin mancilla, pidiéndole dormirse al punto y levantarse con prontitud; la tercera, á Nuestra Señora del Hal en memoria de su gloriosa Asunción, y suplicábale la gracia de hacer bien la oración el día siguiente y de tener alegría espiritual.

Conocida es y anda muy en boga en todo el orbe la *Coronita de las doce estrellas*, invención propia suya, conforme se halló escrita entre sus papeles. Consiste en rezar doce Ave Marías con tres Padre nuestros, á cada cuatro el suyo, como quien para un poco en los beneficios que de cada persona divina recibió la excelsa Señora; con esta guirnalda de doce virtudes se coronan las glorias de la

Virgen Madre ¹. Esta era devoción muy del cariño de Juan por su sencillez y unción, y porque le traía á la memoria como en compendio las principales excelencias de la siempre Virgen María. Rezaba también nueve veces entre día aquella linda aspiración: *Beata viscera Mariæ Virginis quæ portaverunt æterni Patris Filium*, doblando la rodilla cada vez.

Otras muchas devociones breves, pero jugosas, cebaban su afecto y le servían de lazadas para trabar unas con otras las ocupaciones de entre día. Su continuo despertador era aquella voz incesante: *Quiero amar á María*. Los sábados ofrecía en su honor un plato y penitencia en el refectorio. Si salía fuera de casa y la ocasión lo consentía, encaminaba de arte el paseo, que se dejase caer en alguna iglesia de Nuestra Señora: allí pasaba largos ratos enterneciéndose en su amor muy á su gusto; el compañero se levantaba sin advertirlo él, y se estuviera allí quedo á no llamarle por su nombre. Había en el filosofado una capilla de la Virgen; por allí no pasaba que no hiciese oración; y porque una vez le cercaron los Hermanos por el gusto de oírle, así que cayó en la cuenta de que no había saludado á la Virgen, entróse en la Capilla á cumplir su devota costumbre.

¹ Abrazó España esta devoción, y publicóse en Madrid en 1830. Y que ha entrado en mucho provecho se ve por lo muy extendida y practicada que está ya en toda la Península, mayormente en la Flores de Mayo.

II

PERO si había días para él supirados eran los de Septiembre y Octubre; menos por gozar del solaz de las vacaciones comoquiera, que por tener en ellas libertad para dar más pábulo á sus fervores. En la iglesia de *Grotta ferrata*, como en la de Monteagudo, tenía el imán de su afecto. Es venerada en ella una efigie milagrosa de María Santísima, que antes lo era en una gruta barreada con reja de hierro. Desde este punto á distancia de media legua se divisan las colinas de Frascati, uno de los más risueños parajes del antiguo Túsculo, donde Cicerón escribió sus elegantes controversias. Poco lejos de Frascati tenían los Padres del Colegio Romano una quinta ó predio, llamado hoy en día Borsari, y ocupado por los señores Santovelti y Sorgi.

Aquí venía la juventud religiosa del Colegio Romano á respirar aires más puros y á rehacer las fuerzas para entrar con nuevos bríos en el curso literario. Muchas veces, aguijado de su confianza, volaba nuestro filósofo á este asilo de misericordia, y se postraba con los demás romeros á los pies de la Virgen de *Grotta ferrata*, y allí ocupado con el fervor de su devoción, no se hartaba de rosarios, letanías, oficio parvo, coronitas.

¿Y qué si acertaba á llevar en su compañía algún sacerdote? Porque decía que la presencia de un Padre entre gente moza da más peso é interés á la conversación. Entonces, comenzando con dudas, y pasando luego á preguntas sobre alguna gloria de María, enfervorizaba á los presentes y

henchía los aires del nombre de su Madre, y una vez encendido el fuego, serpeaba de pecho en pecho la llama, y andaba en su punto el amor de Nuestra Señora; aquí tomando el diálogo semblante de sabroso entretenimiento, remataba en una suerte de suavísimo éxtasis, que sería tierno espectáculo á los ángeles del cielo. La conclusión era siempre: *No hay para nosotros seguridad si no cobramos verdadero cariño de hijos á nuestra Madre María. Yo quisiera que todos entendiésemos los favores que debe nuestra Compañía á esta bondadosa Madre; tengo recogidos muchos de ellos, y convendría que todos los meditasen. Yo quiero ser todo suyo. No: no descansaré hasta alcanzar un tierno amor á mi dulcísima Madre* (Nunquam quiescam donec obtineam amorem tenerum erga dulcissimam matrem Mariam).

Otras veces, si salía de Frascati con algún Hermano fervoroso como él, ora se emboscasen por aquellas arboledas, ora se sentasen al pie de un manso arroyuelo, pronto hallaba en la frescura y silencio de la soledad ruido bastante que le despertase imágenes y tipos de María. Aquí desafiaba á su compañero á ver quién de los dos contaría más gracias y diría atributos más lindos á la Madre de Dios. Era de ver la amorosa contienda que se encendía entre ambos. El competidor procuraba aventajarse en imaginar figuras y dichos que enalteciesen las prerrogativas de la Virgen; mas pronto sentíase falto de fuerzas y llegaba al fin de la tarea. Tomaba entonces la mano Juan, y comenzaba á dar vueltas por cielos y tierra, y sacaba tantos renombres, tan primorosos y regalados, y tantos requiebros y dulzuras le decía á la excelsa Madre, que no llevaba término de acabar si el tiempo ó la campana no dieran fin al edificante deporte.

Para cebar el calor de estas competencias tenía recopilada buena cosecha de materiales, porque cuanto oía en sermones y pláticas, cuanto leía en historias y libros ofrecía á su ingenio mies abundosa de textos, autoridades, pensamientos, ejemplos, comparaciones, razones para explicar, encajarse y persuadir el gran poder y merecimientos de la Madre de Dios. El arsenal que le proveía de armas era en particular la obra del Beato Pedro Canisio, donde con vastísima erudición y solidez de teología quedan vindicados los privilegios de la Virgen, que las calumnias de los herejes han tratado de deslustrar, ya que no pudieron borrarlos. Pues como hablaba él con el corazón en la mano, y tenía tanta gracia y suavidad en el hablar, y la materia era tanta, cautivaba la atención, y aun la admiración, cuando con artificio disponía la coyuntura, si no se presentaba ella de suyo, preparándola de lejos ¹.

Pero si explayó su afecto ensalzando las grandezas de María en común, no es explicable decir cuántos esfuerzos hizo por dar á conocer en particular el augusto misterio de su purísima Concepción. No se le caía de la boca la gloria de su bendita Madre; panal de miel era para sus labios, y así dulces y melosas eran las palabras con que la publicaba y engrandecía. Según testimonia Van Aelst, había amontonado razones y sentencias eficaces con que defender la verdad de la prerrogativa ². Y ¡cuál era de oír cuando le tocaban este punto! No podía detener el ímpetu del gozo que dentro le bullía, siempre que de las conveniencias de esta verdad razonaba. Los hermanos que le

¹ Proc. rom., pág. 431.

² Proc. rom., pág. 278.

conocían, para tentarle y oír primores, le picaban haciendo la parte contraria. *Era pasmo sobre toda opinión*, dice el Hermano Van Aelst, *con qué prontitud y agudeza cortaba las dificultades que yo le oponía, y cómo sacaba de las mismas objeciones pruebas en favor de su conclusión, volviéndome con sus respuestas al camino.*

Conforme á esto, no será de maravillar, dado que sea muy nuevo, lo que cuentan sus compañeros, y es que tenía hecho voto de defender, en el primer libro que escribiese, la tesis de la Inmaculada Concepción. Había ya bosquejado el plan de la obra, y á juntar materiales para desenvolverla dirigía lecturas y apuntamientos. Debía constar de tres partes. En la primera abrazaba comparaciones, figuras y analogías adecuadas para realzar esta preeminencia; en la segunda la fundaba en pruebas directas; en la tercera la apoyaba en autoridades y milagros. ¡Lástima que su prematura muerte nos haya arrebatado tan precioso joyel de su corona!

Tendían todos sus esfuerzos á encumbrar las conveniencias de tan profundo misterio. Por él dábale mil parabienes á la soberana Reina con amorosos saludos, mayormente al sentarse á comer; ofrecía comuniones en que suplicaba á Dios inflamarse en el amor de esta verdad el corazón de los hombres. ¡Hijo afortunado de María! ¡Con qué divina lumbre supo conocer, con qué acierto estimar, con qué ardor pregonar la excelencia de su Madre! Cuando la Iglesia había de tardar dos siglos y medio en pronunciar el fallo, era tan firme su convicción, que por defenderla hubiera dado la sangre de sus venas!

Dióla, en efecto, generosamente con una traza que imaginó, propia de su hidalgo pecho, y con ella

echó el sello á las finezas de su amor. Después de muerto hallóse un papel de su puño y letra dentro de un libro, en cuyo sobrescrito se leían estas palabras: *Reservado al superior* (nemo aperiatur nisi superior). Abrióle el P. Cepari, y con gozo y admiración leyó lo siguiente: *Yo Juan Berchmans, indignísimo hijo de la Compañía de Jesús, protesto á Vos y á vuestro Hijo, á quien creo y confieso presente en el augustísimo Sacramento de de la Eucaristía, que dondequiera y en cualquier tiempo (á no definir otra cosa la Iglesia) afirmaré y defenderé vuestra Concepción Inmaculada. En fe de lo cual firmé con mi propia sangre y rubriqué con el sello de la Compañía de Jesús*¹.

Año de 1621.

JUAN BERCHMANS.

IHS

En una visita que hizo el P. Bisdómini al Cardenal Belarmino, al darle cuenta de este voto, le oyó exclamar transportado de asombro: *¡Maravillosa invención, sellar y rubricar con sangre una verdad que la Iglesia todavía no ha definido! Yo tengo para mí que sólo la Virgen María le pudo inspirar tan alto pensamiento. Tanto más, cuanto que hay en Bélgica no pocos católicos que son de contrario sentir. Tal vez por eso mismo ha querido la Virgen sin mancha tener de su parte á este fiel defensor de sus prerrogativas*². Pudo

¹ Se conserva en Roma en una Capilla de Jesús, y se distingue perfectamente el color de la sangre en la firma y en el nombre de Jesús.

² Proc. rom., pág. 260.

con verdad hablar así el Cardenal Belarmino, como quien había sido enviado por la Santa Sede á sofocar el germen de las atrevidas doctrinas de Bayo, que enseñaba, entre otros desatinos, que la Virgen María había sido concebida en pecado, y que por causa de su pecado debió morir. Enmudeció la presunción de Bayo en presencia del docto Belarmino. Pero tocábale al Cardenal Francisco de Toledo, deputado por la Santidad de Pío V á ruegos de Felipe II en calidad de Comisario pontificio, la gloria de pacificar las disensiones levantadas después, en cuya composición puso muy alta su prudencia, sagacidad y entereza, y satisfizo con loa á la confianza de la Silla apostólica. ¿Qué no hubiera hecho, dicho y escrito nuestro santo mancebo si los años hubiesen bastado á la capacidad de su celo?

III.

PERO ya que esto no le fué concedido, parece fuera de cuestión que desde el cielo cooperó al ensalzamiento de la Virgen Inmaculada con el poder de su patrocinio. De este suceso tenemos por fiador la autoridad del P. Juan de Lugo, muy celebrado entre los teólogos y moralistas por la excelencia y copia de su doctrina, que á la sazón enseñaba teología en el Colegio Romano. El P. Cepari, conocedor del caso, rogó al P. Lugo pusiese por escrito lo que sabía: hizolo así el P. Lugo en un papel firmado con su nombre en la forma siguiente: *No tengo el menor reparo en ratificar con la pluma lo que á V. R. le declaré de palabra.*